

El psicoanálisis no es una neurociencia

Gabriel Lombardi

La ruptura freudiana entre acto anímico y proceso somático

Nos preguntamos sobre las relaciones entre el psicoanálisis y las neurociencias. La práctica del psicoanálisis, el modo en que aloja al sujeto del inconsciente, sus métodos de investigación, han sido marcados irremediabilmente por la ruptura inicial de Freud del psicoanálisis respecto de la ciencia de su época. Se trata de un corte al mismo tiempo exacto y radical. No es casualidad que se trate del único caso en la historia en que la creación de un discurso completamente nuevo queda ligado a un nombre y a una fecha precisos. Marca un comienzo sin precedentes. No podría decirse lo mismo de ningún científico, ni filósofo, ni líder religioso.

Esa nitidez facilita una demarcación precisa del discurso que introduce, y particularmente en relación con el tema que hoy nos interesa. En efecto, ¿cuál fue el punto de partida freudiano? El que le permitió distinguir entre un síntoma neurológico y otro histérico. La lesión de la parálisis histérica es una alteración de la idea, de la representación, de la concepción vulgar de un órgano o función. Y por lo tanto dicha lesión puede ser finamente distinguida de la lesión producida por una parálisis central de causas neurológicas. Los remito en este punto a su *Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas* de 1893. Sugerido a Freud por Charcot, ese estudio nos permite ver que la operación freudiana se apoya en una discontinuidad tajante entre el discurso analítico y el discurso de la neurología. Antes de ser psicoanalista, Freud no era alienista, no era psiquiatra, era un neurólogo, y es de la neurología de donde extrae la costilla, o el nervio, de un discurso nuevo. Una vez extraído, ese nervio ya no es reintegrable, el inconsciente nada tiene que ver con lo neural. Para saberlo había que estudiar antes la estructura de lo neural o mejor dicho, del discurso que habla de lo neural, y su clínica.

Eso justifica la renuncia de Freud a publicar su *Psicología para neurólogos*. ¿Por qué esa psicología quedó siempre en un proyecto, un proyecto abortado, que nunca en su vida entregó para la publicación? Porque, a pesar de sus luces, es un proyecto inviable, la ruptura del psicoanálisis dejó un hiato irreversible cuyas rigurosas consecuencias sufrió el propio Freud. No hay relación entre el discurso sobre las neuronas y el de la neurosis desde el punto de vista freudiano. Donde Freud dice neurona, habrá que decir significante, para que el *Proyecto* se vuelva legible a la luz de la lectura que de él hace Lacan en su *Seminario sobre la ética*.

Ese gesto de ruptura radical respecto del saber de su época no puede ser olvidado por el psicoanalista en sus métodos ni en la reflexión sobre sus métodos. Freud habrá de reiterarlo cada vez que se ocupe de alguna de las formaciones del inconsciente. Aún cuando abre su investigación desde otros campos que ya no son el de la neurología, su posición es la misma, la que encontramos al comienzo de su segundo capítulo de la *Interpretación de los sueños*, luego de una exhaustiva revisión de la literatura científica sobre los sueños. Al comienzo de ese capítulo, titulado *El método de la interpretación*, Freud escribe: “las teorías científicas sobre los sueños no dejan espacio alguno al eventual problema de su interpretación, puesto que según ellas el sueño no es un *acto anímico*, sino un *proceso somático* que se anuncia mediante ciertos signos en el aparato anímico”.

La separación lacaniana

La ruptura freudiana entre el psicoanálisis y la ciencia fue revisada por Lacan. Nunca pretendió suturar la brecha freudiana, por el contrario, en su práctica y en su enseñanza hizo todo lo que estuvo a su alcance para reiterar y reforzar el gesto freudiano, el que permite a Lacan decir con soltura, comentando el equívoco *wegen – Wägen* en que se basa el síntoma del pequeño Hans:

“A fin de cuentas, aquí volvemos a estar en las asociaciones concretas, esas de las que conocemos dos clases, en primer lugar la asociación metafórica, que responde a una palabra con otra que puede sustituirla; en segundo lugar, la asociación metonímica, que responde a una palabra con la siguiente palabra de la

frase. Ustedes encuentran esas dos clases de respuesta en la experiencia psicológica. Las llaman entonces asociaciones porque pretenden que ocurren en algún lugar en las neuronas cerebrales. *Yo, de eso no sé nada. Como analista al menos, no quiero saber nada.* Estos dos tipos de asociaciones que se llaman la metáfora y la metonimia, las encuentro donde están, en el texto de ese baño de lenguaje adonde Hans está sumergido¹.”

Además de sostenerla, Lacan se propuso explorar la estructura de la brecha entre el psicoanálisis y la ciencia. Llegó a la siguiente, sorprendente conclusión: que el sujeto del psicoanálisis, es decir el sujeto que el psicoanalista encuentra en su práctica en estado de *Spaltung*, de división, no es otro que el sujeto de la ciencia. Lacan hizo de ese sujeto el correlato de la ciencia, correlato antinómico que, gracias a la lógica, permite a la ciencia definirse a partir del impasse de todo esfuerzo por suturarlo². Se vislumbra la ampliación del campo de investigación y de batalla que propone como campo lacaniano: el psicoanálisis puede incitar a la ciencia a revisar su ciencia, y puede hacerlo siempre desde este punto de interrogación, el lugar que la ciencia deja al sujeto – definible como el efecto divisorio del lenguaje sobre el viviente -.

Ampliando la brecha freudiana, Lacan interroga bien al mismo tiempo la relación del psicoanálisis con la ciencia. Admite en primer lugar que el psicoanálisis nació de la ciencia³, pero para evidenciar que ha de alojar en otro discurso, en otro lazo social, ese sujeto que la ciencia, por necesidad de su discurso propio, excluye.

Eso le permite invertir la pregunta sobre la relación del psicoanálisis con la ciencia. No lleva a ninguna parte plantear esa pregunta, como hicieron tantos psicoanalistas siguiendo a Popper, en estos términos: si el psicoanálisis es una ciencia. La pregunta que verdaderamente interesa en el campo lacaniano es esta otra: ¿qué sería una ciencia que incluya al psicoanálisis?

Puede decirse entonces que, desde la perspectiva de Lacan, el psicoanálisis no se aleja sino que se separa de la ciencia. Separación no es alejamiento, no es

¹ Lacan, J. *Le Séminaire, Livre IV*, clase del 8 de mayo de 1957.

² Lacan, J. *Écrits*, pp. 855-61.

³ Lacan, J. *Écrits*, p. 231.

distanciamiento alienado, es toma de posición que no rechaza la estructura de aquello de lo que se aparta.

Y esto es posible porque el científico honesto, Kurt Gödel por ejemplo, no vacilará en mostrar que incluso la ciencia más rigurosa, la lógica matemática, no puede eliminar de su campo el efecto de sujeto del lenguaje, efecto que cuestiona todo intento de unificación del campo de la ciencia al hacer surgir un “yo miento” de Heteridad en el lenguaje más cuidadosamente elaborado para excluirlo. Ese efecto, una vez detectado, permite fundar su ciencia en lo imposible, lo imposible de eliminar de la matemática el efecto de sujeto. Y una vez logrado ese imposible, en pocos años la lógica matemática puede generar la invención más impactante e influyente del siglo XX, los lenguajes de programación.

¿Qué neurociencia?

¿Puede el neurobiólogo eliminar de su campo al sujeto?, ¿puede hacerlo el psicólogo cognitivo?, ¿puede hacerlo el psicofarmacólogo? Claro que sí, cada uno de ellos puede atenerse a un campo acotado de investigación, olvidar el efecto de sujeto, no tener en cuenta su presencia en sus hipótesis, ni en sus consideraciones metodológicas ni en sus conclusiones. Hasta resulta más honesto que elimine de sus papers y de sus tratados la palabra histeria, y la reemplace por “trastorno somatoforme” por ejemplo, como en el *DSM IV*. Cuando estudie entonces la eficacia y el mecanismo de acción neurosináptico de tal o cual fármaco, se ocupará de saber en qué medida – estadísticamente hablando – la droga atenúa o suprime el trastorno, y no se meterá con el sujeto al que desconoció, rigurosamente, desde el principio hasta el fin de su investigación. Muy bien. Eso es ciencia, ciencia acotada, pero ciencia al fin, que no hace suposiciones innecesarias.

Otra cosa muy diferente es cuando se pretende, en nombre de la ciencia, eliminar la brecha existente entre lo neuronal y el lenguaje. El *test de Lacan* nos permite saber hasta qué punto un científico es científico, y hasta qué punto es un mistificador, que no sólo deja de lado el efecto de sujeto del lenguaje en su

investigación, sino que además pretende demostrar que tal cosa no existe. Algunos ejemplos de este tipo muy extendido de mistificadores.

Jean Pierre Changeux, del Collège de France y del Institut Pasteur, quien publicó *L'homme neuronal, Matière à pensée*, y algunos tratados de “ética natural”: se propuso “jeter une passerelle sur le fossé qui sépare les sciences de l'homme des sciences du système nerveux”. Solamente que pensó que con la pasarela, y cierta iluminación adecuada, el pozo no existiría más. Llegó a afirmar que el acto de hablar es reductible a un conjunto de reacciones químicas.

Aún si es normal que los neurobiólogos esperen del progreso de la ciencia una eliminación final de todo dualismo, no todos son tan soñadores. También existe el neurofisiólogo lúcido, como John Eccles, que no necesita dejar de ser científico, ni perderse el premio Nobel, para sostener una posición diferente: “Sostengo que el interés del hombre resulta increíblemente disminuido (y es un error) por el reduccionismo científico y su pretensión materialista de dar cuenta del mundo del espíritu en términos de simple actividad neuronal.”

Muchos autores más recientes siguen la orientación de Changeux, que intenta devolver a la ciencia una unidad imposible después, no digamos de Freud, porque ya era imposible después de Descartes, y luchan por exterminar el dualismo⁴.

Un segundo ejemplo de mistificación nos viene no de la neurobiología sino de la llamada ciencia cognitiva. Steven Pinker, director del Center for Cognitive Neuroscience del MIT, en su libro *El instinto del lenguaje: cómo la mente crea el lenguaje*, publicado en 1993. Retomando una idea de Chomsky define el lenguaje como adaptación biológica para comunicar. A partir de la suposición de la existencia de un “gene gramatical”, se permite criticar la concepción según la cual el lenguaje da forma al pensamiento, y pretende mostrar cómo el lenguaje, por ser un instinto, permite esa armonía entre la conciencia y la textura de la realidad que podemos admirar cotidianamente.

⁴ Cf. por ejemplo Antonio Damasio en *Descartes' Error: Emotion, Reason, and the Human Brain*.

Unos años después el mismo Pinker publica otro grueso libro (850 páginas) adonde supone responder la pregunta: *¿Cómo funciona la mente?* Parte del hecho de que la unión entre el cuerpo y la mente, *body and mind*, ha sido durante milenios una fuente de paradojas. Por ejemplo, la idea de visitar a la abuela y saber el recorrido y el horario del colectivo que lo llevaría hasta su casa, no parece tener significación física alguna desde el punto de vista del cuerpo como entidad física. Pero gracias a la teoría computacional de la mente tales paradojas pueden ser resueltas porque, dice Pinker, los deseos, las creencias, son información, información encarnada en configuraciones de símbolos; los cuales son a su vez fragmentos de materia, como chips de un ordenador o neuronas en el cerebro, y simbolizan cosas del mundo simplemente porque son activados por esas cosas a través de nuestros órganos sensoriales, y por lo que hacen una vez que han sido activados. Es decir que para Pinker, como para Gilbert Ryle, la mente es una falacia, un fantasma que se puede explicar por el comportamiento inteligente del cuerpo, y éste a su vez es solamente un soporte de la información. El sujeto no solamente no entra en sus consideraciones, sino que además no existe.

Todas estas “neurociencias” son pseudociencias, no son ciencia rigurosa, los modelos que presentan del hombre resultan ser siempre alguna suerte de Golem deplorable, que aunque cada vez más parecido al hombre, difiere radicalmente del sujeto en su estructura. Tales neurociencias sólo sirven como divertimento de ciencia ficción, o como legitimación ideológica de terapias que compiten con el psicoanálisis simplemente porque convienen al capitalista: tratamientos más breves, menos costosos, mejor adaptados al discurso imperante - el que financia las investigaciones -.

Por eso no hay que esperar ninguna eficacia de las terapias cognitivas, ninguna eficacia distinta que la de la sugestión, disfrazada con los términos de la ciencia dominante. Lo que sí es eficaz es el efecto de las computadoras y de las redes informáticas sobre el sujeto. Que la *lathouse*, la mirada y la voz, sean ahora digitalizadas, eso tiene efectos. Pero eso no es efecto de las neurociencias sino de las aplicaciones tecnológicas de la informática, que es una rama de las matemáticas.

La psicofarmacología

Ahora bien, las neurociencias son un conjunto amplio de disciplinas, algunas científicas y otras pseudocientíficas.

Si alguna de ellas que es eficaz por sí sola, es la psicofarmacología. El fármaco es efecto de una ciencia que, *neuro* o no, verdaderamente cuenta: modifica la clínica en el nivel estadístico (me refiero a los *DSM*), cambia el tratamiento que la sociedad da a la locura, y permite ese aire de tranquilidad que se respira en los jardines del hospital *Sainte Anne*. También incide en nuestra práctica como analistas. No podemos al respecto negar ni su existencia ni su eficacia, sí podemos intentar ubicar correctamente sus diferentes incidencias.

Algunas de las incidencias de los psicofármacos no necesariamente van en contra de la práctica analítica. Bien por el contrario, es más probable que un analista pueda hacerse cargo del tratamiento del paciente psicótico que encuentra desligado de todo lazo social, si al menos durante un tiempo cuenta con ayuda psicofarmacológica.

No sabemos cómo opera el fármaco. Como analistas no nos interesa. Sí nos interesa que ayude al sujeto a testimoniar de su síntoma. Sí nos interesa que no tenga efectos secundarios dañinos, y que atenuando al síntoma no duerma por completo al sujeto. Pero en tanto analistas nos tiene sin cuidado que su “mecanismo” sea dopaminérgico u otro. Entre la dopamina y el sujeto hay un abismo insalvable. No hay hombre neuronal. Hay organismo, con sus tejidos, sus macromoléculas, por un lado; y por otro, hay el sujeto que habita la interface gozante y abisal entre el organismo y el lenguaje. Por el psicoanálisis, no podemos seriamente esperar enterarnos de nada del organismo, que sólo se conecta con el sujeto por los bordes pulsionales del cuerpo, donde el saber hace torbellino.

En conclusión, creo que el analista no debe desconocer los efectos de la ciencia; ellos forman parte de la civilización, desconocerlos sería tan necio como pretender ignorar la ley de gravedad en nuestra vida cotidiana – contamos con ella, no usamos cinturón de seguridad en nuestro sillón de analista -. Una vez que los

psicofármacos existen, podemos tolerar y hasta autorizar que el sujeto se sirva de ellos si eso facilita el trabajo analítico.

Ahora bien, admitir los efectos de la ciencia, los malos y los buenos, es algo distinto a aceptar como científico todo lo que se hace en el MIT. Hacernos responsables de la parte que nos toca en el campo lacaniano nos exige retomar la pregunta ¿qué es una ciencia que incluya el psicoanálisis?, y ocuparnos de distinguir entre lo que responde a la estructura del discurso científico, que abrió tantos agujeros nuevos en la textura de lo real, y lo que por el contrario es del orden de la metafísica o de las prácticas parasitarias que rodean ese discurso, y que vienen a tapar los agujeros al gusto del mercado.

Sostener que el sujeto del psicoanálisis es el sujeto de la ciencia, es el requisito lacaniano para mantener la práctica analítica en su vena freudiana, es decir la que “no deja ninguna transición entre el psicoanálisis y el esoterismo en que se estructuran prácticas en apariencia semejantes⁵.” Esas prácticas ocultistas entre las cuales deben ser incluidas en primer lugar las psicoterapias cognitivas.

Río de Janeiro. 12 de Abril de 2001.

Referencias bibliográficas

- Changeux, J.P. *L'homme neuronal*. Broché. Paris. 1983.
- Changeux, J.P. *Matière à pensée*. Broché. Paris. 1997.
- Damasio, A. R. *Descartes' Error: Emotion, Reason, and the Human Brain*. Avon Books. New York. 1995.
- Frances, A. et. al. *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*. (DSM-IV). Publicación de la American Psychiatric Association. Washington, D.C. 2000.
- Freud, Sigmund. “Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas”. *Obras Completas. Vol. 1*. Amorrortu. Bs.As. 1982.
- Freud, Sigmund. “La interpretación de los sueños”. *Obras Completas. Vol. 4*. Amorrortu. Bs.As. 1993.
- Lacan, Jacques. *Le Séminaire, livre II. Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse*. Seuil. Paris. 1978.
- Lacan, Jacques. *Le Séminaire, livre XI. Les concepts fondamentaux de la psychanalyse*. Seuil. Paris. 1978.
- Lacan, Jacques. “Du sujet enfin en question”. *Écrits*. Seuil. Paris. 1966.

⁵ Lacan, J. *Écrits*, pp. 231-2.

- Lacan, Jacques. “La science et la vérité”. *Écrits*. Seuil. Paris. 1966.
- Lacan, Jacques. *Le Séminaire, livre XVII. L’envers de la psychanalyse*. Seuil. Paris. 1991.
- Laso, E. “Psicoanálisis y epistemología”. *Posciencia*. Biblos. Buenos Aires. 2000.
- Lucas, J. R. “Mentes, máquinas y Gödel”. *Controversia sobre mentes y máquinas*. Tusquets. Barcelona. 1984.
- *Neuroguide*. Página web en www.neuroguide.com
- Penrose, Roger. *La nueva mente del emperador*. Grijalbo Mondadori. Barcelona. 1991.
- Pinker, S. *Cómo funciona la mente*. Destino. Buenos Aires. 2001.